



**L**os monumentos antiguos viven con las generaciones humanas, transfórmanse al par de ellas y perecen no pocas veces a sus manos. Algunos hay, abandonados, que deben a la acción lenta y continua del tiempo su aspecto actual, sin que los hombres hayan colaborado a su transformación. Pero por otros en cambio la vida siguió circulando día tras día; todas las épocas transcurridas, desde que se erigieron, han ido reflejándose en ellos, y para representarse su aspecto primitivo hay que hacer una labor inhumana e ir restando siglos, sin alcanzar, en la mayoría de los casos, más que a una interrogación.

Tal ocurre con la Alhambra. Sus numerosas estancias y aposentos no han dejado de estar habitados desde la Conquista hasta nuestros días. En éste, como en tantos otros palacios suntuosos, un destino irónico y una enseñanza provechosa para el orgullo humano, han permitido que allí donde vivieron antaño reyes y príncipes con gran magnificencia se albergasen al cabo de los años mendigos y gentes humildes, instalados con su modesto ajuar en las regias habitaciones, colgando sus andrajos en los muros tapizados de arabescos.

La complejidad dispositiva del palacio nazarí, su pobrísima y defectuosa construcción, el haber estado constantemente habitado, unidas a otras causas accidentales, como incendios y terremotos, de los que fue pródigo, han contribuido a que la Alhambra de hoy sea bastante distinta, no sólo de la que dejaron los musulmanes, sino de otras muchas que desde entonces se han ido sucediendo. A la de los Reyes Católicos, aun impregnada del aroma de melancolía de los últimos tiempos del desgraciado Boabdil, siguió la de Carlos V, quien dejó honda huella de su paso, tanto en la Casa Real, como al construir el nuevo palacio renacentista. La Corte animó las estancias de la Alhambra; centenares de obreros trabajaban en las obras de la colina roja, a la par que artistas como Pedro Machuca, Nicolao de Corte, Julio de Aquiles y Alexander Mayner. La de los últimos Austrias es, en cambio, una Alhambra olvidada y decadente. La del siglo XVIII, una ruina. No hay recursos entonces para hacer reparación alguna, sucediéndose los plañideros informes de alcaides y los reconocimientos de maestros, pronosticando la próxima desaparición de la mayoría de sus estancias. Así llegó al siglo XIX y en los años primeros de su segundo cuarto, época en la cual vamos a intentar evocarla, los restauradores aun no habí-

an empezado su labor de reparación y consolidación unas veces, de restitución otras de partes transformadas o desaparecidas después de la conquista y que se quería restablecer en su aspecto medieval. ¡Labor apasionante como pocas la de ir desnudando a la Alhambra de revestidos y postizos cristianos, la de excavar sus numerosas partes enterradas y volverla a su aspecto primitivo! ¡Labor en gran parte imposible que ha obsesionado fatalmente a todos los que, en los tiempos modernos intervinieron en las obras del monumento árabe!

\* \* \*

A fines del siglo XVIII, don Juan de Villanueva y don Pedro Arnal visitan, dibujan y miden escrupulosamente la Alhambra. A hombres tan impregnados de neoclasicismo debió parecerles monumento un tanto bárbaro. Casi dedicaron —en la publicación que algunos años después hizo la Real Academia de San Fernando— igual número de láminas al palacio de Carlos V que a la Casa Real árabe. Idos a Granada para dibujar ésta se ve que lo que admiran y copian con deleite es el edificio renacentista. Sus dibujos son precisos y fríos y constituyen documentos inapreciables para la historia del monumento. Una de las cosas más gustadas por Villanueva y Arnal en la Casa Real fue la simetría que se encuentra en algunas de sus partes. Y cuando se lanzan a construir hipótesis, en un ensayo de reconstitución de lo desaparecido, llevan ese amor hasta suponer patios simétricos del de los Leones y de uno hipotético situado donde hoy se halla el de Daraxa, con un eje de simetría norte-sur en el patio de la Alberca.

Pocos años más tarde —en los primeros del siglo XIX— el inglés Murphy visita, mide y dibuja también la Alhambra. Las láminas de la obra que publicó, muestran aún más incompreensión en la interpretación de las decoraciones musulmanas que los neoclásicos españoles. Parece que su lápiz se niega a seguir las curvas graciosas de los ornamentos florales y los festones repetidos de los arcos; sus dibujos son fríos, sin espíritu, falsos. Excelente ejemplo nos proporciona el grabado en el que reproduce el friso de madera y el alero de la galería del Patio de los Leones. Titúlalo Murphy *entablamento*, y fuerza en él el dibujo, interpretándolo con falsedad, para hacernos recordar lejanamente una ordenación clásica.

\* \* \*

El movimiento romántico supo ver de distinta manera a la Alhambra. Literatos y viajeros —ingleses y franceses principalmente— vienen a nuestro país atraídos por su prestigio de tierra incógnita, fértil en sorpresas, llena de grandiosos monumentos en ruina y de costumbres y gentes originales. Casi todos llegan a Granada. Gracias a ellos conocemos la Alhambra de hace un siglo, tan distinta de la actual. Son los dibujantes románticos ingleses David Roberts (1832-1833), Lewis (1833-1834) y Vivian; los arqueólogos y archi-

tectos Girault de Prangey (1832-1833), Goury y Owen Jones (1834 y 1837), y un gran número de escritores, de entre los cuales sobresalen Wáshington Irving (1829) y Teófilo Gautier (1840). Pocos lugares debieron complacerles tanto como la Alhambra. Toda ella era una gran melancólica ruina habitada por familias pobres de militares retirados, y de paisanos, que pagaban una mezquina retribución. Abundaban los viejos jardines abandonados y melancólicos, con bóvedas de umbrosa verdura, glorietas de ciprés y paseos bordeados de setos de boj y arrayán que conducían a plazoletas, en las que fuentes verdinosas y resquebrajadas lanzaban al cielo el agua de su surtidor. Las torres caducas aparecían coronadas de yedra, y entre sus desmoronados fragmentos arraigaban cepas, higueras y álamos blancos. Alrededor de la Alhambra crecían árboles centenarios, que elevaban sus copas sobre los tejados y azoteas. Innumerables lugares evocadores de misteriosa poesía convidaban al ensueño. En la Casa Real, tras los revestidos modernos que ocultaban gran parte de las ornamentaciones árabes, la fantasía sospechaba magnificencias decorativas y sugestivos descubrimientos. Aumentaba la impresión la maravillosa belleza del paisaje que rodea la colina de la Alhambra y las gentes del pueblo bajo andaluz, pintorescas, pródigas de ingenio y gracia, que animaban sus estancias.

Al romanticismo debemos, no solamente una visión de la Alhambra más bella y real que la de los arqueólogos y dibujantes de fines del siglo XVIII, y un estudio mucho más científico del monumento nazarí, sino también el interés despertado en el mundo entero por su conservación, motivando el que pocos años después comenzaran las obras, puede decirse que no interrumpidas desde entonces. Hasta 1829 la Alhambra estuvo completamente abandonada, utilizándose el estanque del patio de la Alberca como baño y lavadero; algún otro local servía de taberna; la mayoría de las estancias y torres ocupábanlas humildes familias, que oscurecían los arabescos con el humo de sus hogares o los ocultaban bajo espesas capas de cal: los viajeros llevábanse fragmentos de decoraciones de escayola y trozos de alicatado que se hallaban cubiertos de cal, mutilados y caídos, o los arrancaban de los muros; las armaduras y aleros estaban prontos a derrumbarse y varios muros amenazaban venir al suelo, mientras que las humedades y filtraciones de atarjeas y tuberías, abandonadas, en mal estado, causaban la ruina de todo el palacio. En 1805 escribía Argote: «La acción de las estaciones ha hecho en él tantos progresos, que si no se aplican prontos y poderosos auxilios para sostenerlo, será inevitable su entera ruina. En efecto, ya los célebres aposentos de los baños están en la mayor parte por el suelo; el excelso salón de Comares está penetrado en toda su extensión por grandes y profundas hendiduras: el Patio de los Leones y las habitaciones a que da entrada, van perdiendo la mayor parte de su ornato, y la sala que está a su frente, y que comúnmente se cree estuvo destinada para audiencia pública, no presenta más que escombros. Una mano destructora y rapaz se ha unido a la del tiempo, y ha despojado en su mayor extensión a este edificio de sus porcelanas o azulejos, que hacían el mejor, el más sóli-

do de sus adornos...»<sup>1</sup>. En los años siguientes no se realizaron obras, pero en cambio la ocupación francesa produjo numerosos daños. En 1829 envió Fernando VII un gobernador celoso, don Francisco Serna, quien trabajó bastante por la conservación. En 1840, doña María Cristina de Borbón, entonces Regente del Reino, merced a las recomendaciones de algunos viajeros ilustres, ordenó hacer trabajos de reparación, y siete años más tarde comenzaron los primeros de restauración.

Mientras que Villanueva y Arnal habíanse fijado en el palacio de Carlos V con preferencia a las construcciones musulmanas, para los viajeros románticos puede decirse que aquél pasó desapercibido. No le reproducen los dibujantes, ni le estudian los arqueólogos, ni casi le citan los escritores: está fuera de la moda de la época. Teófilo Gautier le dedica unas líneas, maldiciéndole, por suponer derribóse parte considerable de la Casa Real para su edificación. Entonces fórmase la leyenda de esa destrucción, que aun perdura.

\* \* \*

Hoy la Alhambra está casi totalmente consolidada y de sus estancias desaparecieron hace tiempo aquellas humildes gentes que las ocupaban. Muchos de los jardines, malancólicos y abandonados, han sido excavados y bajo ellos aparecieron cimientos y solerías, hoy al descubierto. Poseemos una Alhambra más grande que la de hace un siglo, pero también menos romántica y pintoresca.

Si un viajero de los de entonces pudiera volver hoy a estos lugares, contemplaría la plaza de los Aljibes con árboles corpulentos y algunos jardines que entonces no existían, derribadas las pobres casas que ocupaban la entrada de los Adarves y el ingreso al piso alto de la torre de la Justicia; vería las torres de la Alcazaba reparadas y no llenas de grietas y ruinas como antaño. Y si después seguía hacia la entrada de la Casa Real, en donde antes estuvo el poético jardín de Machuca, hallaría muros bajos y restos de edificaciones entre los que algunos naranjos, cipreses y rosales tratan de recordar el jardín desaparecido. Más allá distinguiría la galería de Machuca, ligera y grácil, en donde tan sólo recordaba una insignificante construcción ruinoso. Llegado a la Casa Real encontraríase con la antigua entrada cerrada y ahora el ingreso a la derecha, por interesantes estancias árabes que tal vez hace cien años no visitase por estar destinadas a vivienda de alcaldes y gobernadores. Mas en caso de conocer el patio del Cuarto Dorado lo vería ahora bastante cambiado por restauraciones antiguas, debidas principalmente a don Rafael Contreras. Más allá, en el patio de la Alberca, extrañaría contemplando la cubierta de la sala de la Barca, el cupulín y las tejas vidriadas de la galería que la precede y las torrecillas levantadas sobre sus alcobas, en donde antes no hubo más que un gran tendido de armadura,

<sup>1</sup> *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos.*

con aspecto más severo que el actual, un tanto escenográfico y desde luego falso. Ya en el Patio de los Leones notaría el cupulín esférico, con teja vidriada, del templete de levante que él vio con cubierta idéntica a la que aún tiene el de frente, antes de su restauración, también poco razonada, y el pintoresco aspecto de los tejados de la sala de los Reyes al fondo, derribado el piso alto que sobre dicha estancia pisaba.

Otras muchas variaciones podría notar el viajero romántico de antaño, tanto en la Casa Real como en las demás estancias y torres de la Alhambra. Y tal vez, si atendiendo a su conservación terminaría su nueva visita, al cabo de los cien años, satisfecho, echaría de menos el ambiente de antaño, las ruinas pintorescas y los jardines abandonados, los humildes habitantes harapientos y el sugestivo misterio que ocultaban los muros encalados y los revestidos modernos; algo definitivamente ido para no volver más.

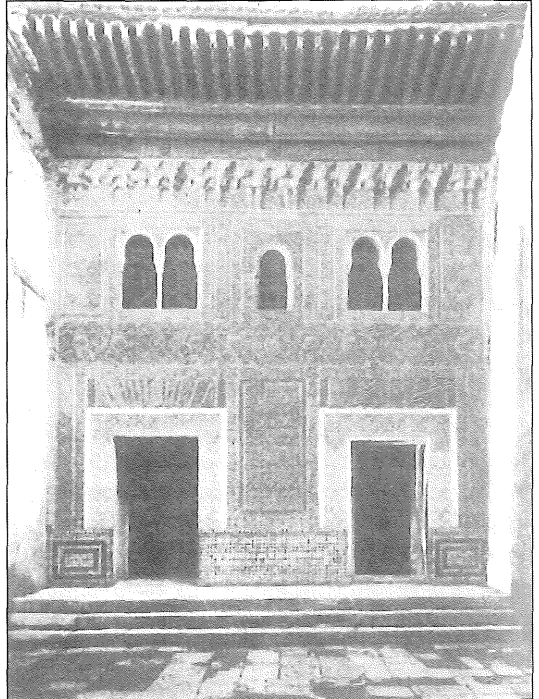
Granada, octubre 1926

LEOPOLDO TORRES BALBÁS  
Arquitecto

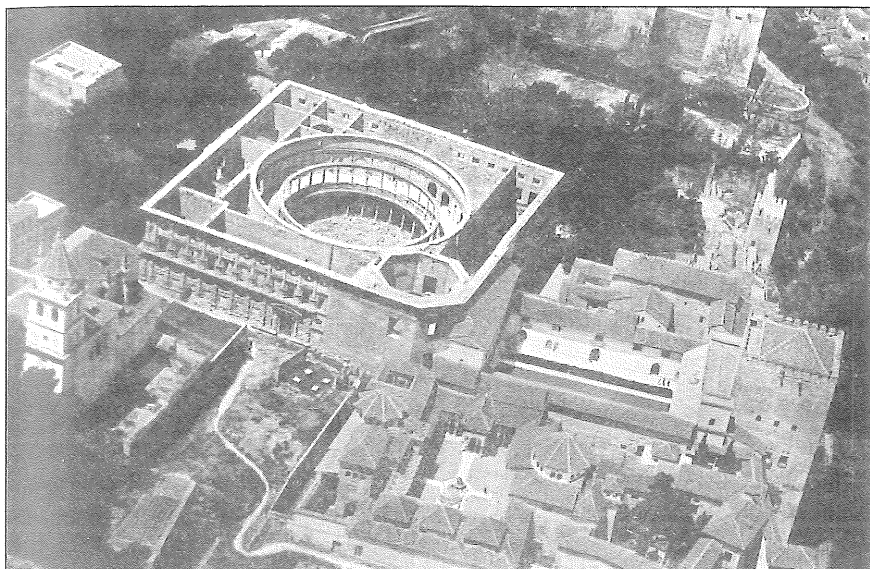
*Arquitectura.*  
*Octubre, 1926*



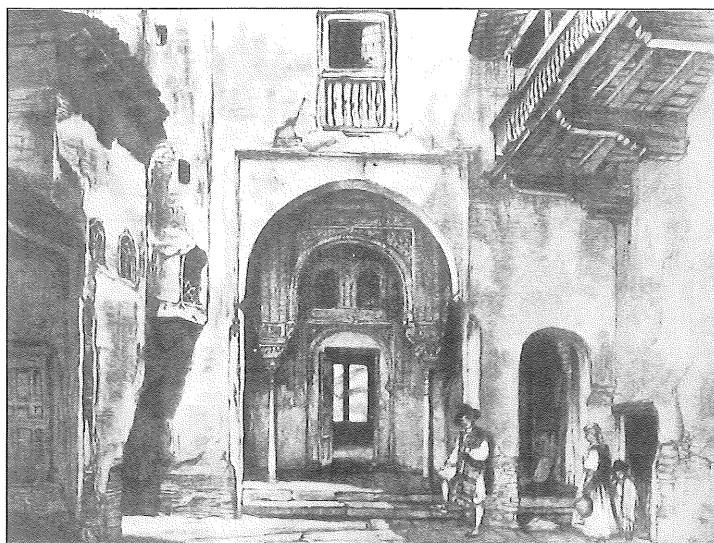
Alhambra. Fachada del cuarto de Comares, según un dibujo de Lewis, de 1835.



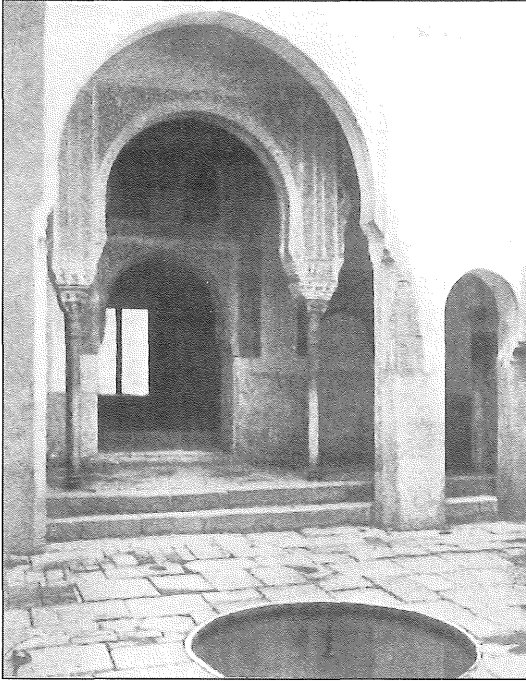
Alhambra. Fachada del cuarto de Comares después de su restauración en el siglo pasado. El magnífico alero se restauró posteriormente y la solería de mármol sustituyóse, desgraciadamente, por otra nueva.



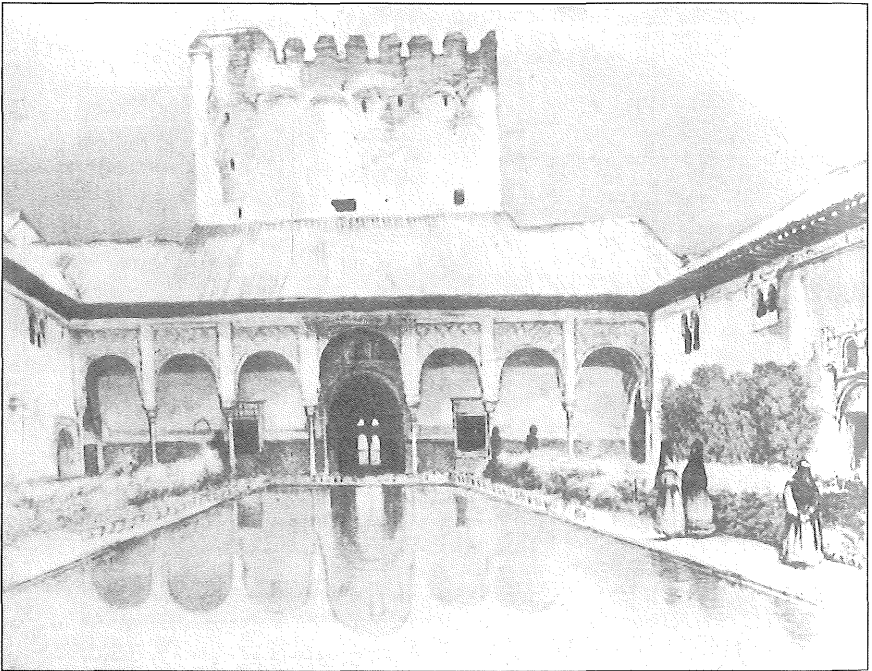
Granada. Alhambra. Las Casas Reales vieja y nueva desde un aeroplano. En la parte alta se ven las torres y murallas de la Alcazaba; hacia el medio, la gran masa del palacio de Carlos V (Casa Real Nueva), con su patio circular; a la izquierda, la iglesia de Santa María de la Alhambra. A la derecha aparece la Casa Real Vieja, con sus numerosos patios y el movimiento de sus cubiertas. Desde que se hizo la fotografía en 1922, ha variado algo el aspecto de estos lugares. En el espacio comprendido entre el palacio de Carlos V, la antigua Casa Real y la iglesia, extiéndense hoy jardines en paratas.



Alhambra. Fachada del Cuarto Dorado, según un dibujo de Lewis. La escalera de caracol que se ve a la izquierda, derribóse en 1865; por entonces debió desaparecer también el balcón volado de la derecha.

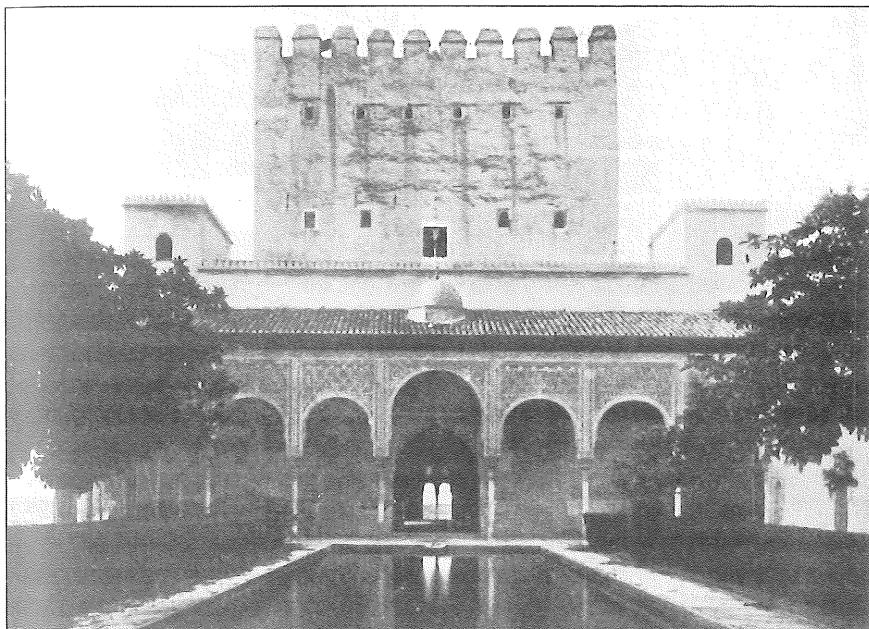


Alhambra. Fachada del Cuarto Dorado. La fotografía está hecha hará unos cuarenta años. Después se ha sustituido por completo el pavimento poniendo losas y peldaños nuevos, con sus juntas y caras perfectamente labradas.

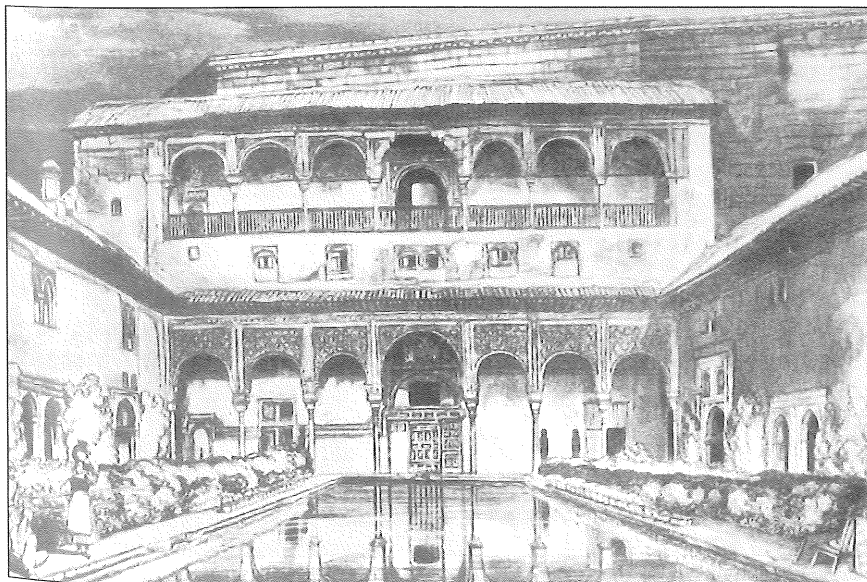


Alhambra. Galería norte del patio de la Alberca y torre de Comares, según un dibujo de Lewis.

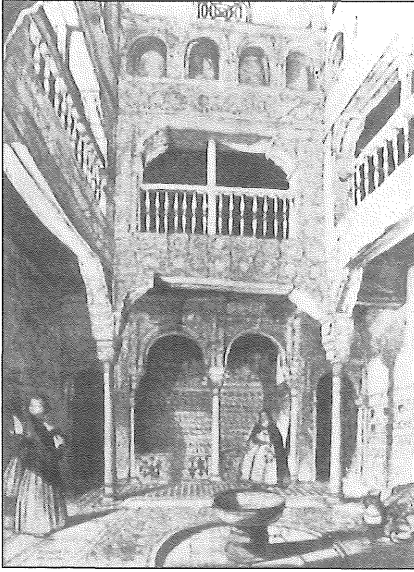




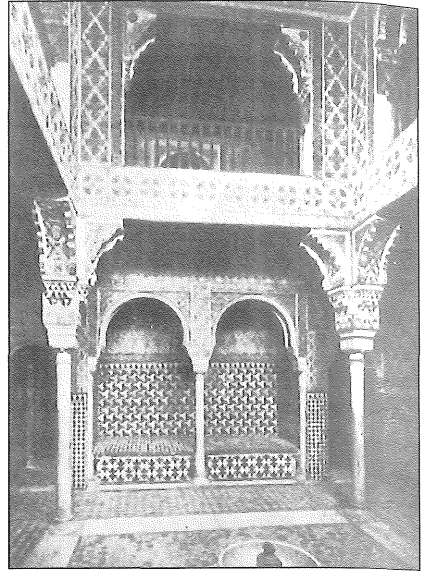
Alhambra. Galería norte del patio de la Alberca y torre de Comares. La fotografía está hecha antes de 1890, año en el que un incendio destruyó las cubiertas de la galería y de la sala de la Barca, que está detrás de ella. Reconstruyéronse aproximadamente con la misma disposición, restableciendo los dos mezquinos torreones y las almenillas que los coronan. Hace algunos años fueron arrancados los árboles que se ven en la fotografía y sustituido su enlosado de mármol por otro nuevo.



Alhambra. Galería sur del patio de la Alberca, según un dibujo de Lewis.



Alhambra. Sala de las Camas, según un dibujo de Lewis. Estaba apuntalada desde 1803.



Alhambra. Sala de las Camas. Su restauración, de las primeras de la Alhambra, llevóse a cabo de 1843 a 1866. Suprimióse entonces su último cuerpo, encima de las cuatro ventanas, que se ve en el dibujo de Lewis.



Alhambra. Galería sur del patio de la Alberca. La fotografía está hecha hace pocos meses. Después ha sido reparada la galería, modificándose algo su aspecto.